

duras, Nicaragua y Vera Paz. Los habitantes de Nicaragua fueron los que mas resistencia hicieron; pues habiendo formado una division respetable con ayuda de los pueblos vecinos, salieron al encuentro de los mejicanos, y les enviaron sus embajadores intimándoles que se retirasen, y manifestándoles que estaban dispuestos á morir en defensa de su libertad. Los mejicanos, engreídos con su fortuna, despreciaron este aviso, y acometieron á los nicaraguas, los cuales hicieron una resistencia tan vigorosa que aquellos tuvieron que retroceder á los puestos que ántes ocupaban, dejando muchos muertos en el campo de batalla. Despues de este reves discurrieron el modo de conseguir con ardid lo que no habian podido lograr por medio de la fuerza; y fingiendo que querian vivir en paz con los nicaraguas, y que su único objeto era pasar por su territorio para continuar su expedicion á otras tierras, les pidieron bagages, pretextando que se hallaban escasos de gente, por los encuentros que habian tenido con ellos y los demas pueblos con quienes se habian visto en precision de combatir. Los nicaraguas sin sospechar cuales eran las intenciones de sus enemigos, les aprontaron una multitud de hombres para que les ayudasen á conducir las municiones de boca y guerra, y cuando los mejicanos los vieron debilitados con la falta de esta gente, despues de haberla despachado con la vanguardia, se echaron repentinamente sobre las poblaciones indefensas, cuyos moradores se hallaban muy descuidados, no esperando semejante perfidia. Dice Torquemada que de resultas de esta expedicion quedaron dichas provincias tributarias de Méjico; pero si esto es cierto, se debe creer que durarian muy poco tiempo bajo la dependencia de Mo-

teuhzuma; porque cuando vinieron los españoles no pertenecian al imperio, siendo muy probable que por la gran distancia á que se hallaban tuviesen mas facilidad que otros países de substraerse á su dominacion.

CAPITULO XIV.

Muere Nezahualpilli rey de Aculhuacan, y su reino se divide. Ultimas expediciones de los mejicanos.

Cuarenta y cinco años habia que Nezahualpilli gobernaba sus estados en pacífica posesion, cuando, ó cansado del gobierno, ó conociendo que se acercaba su fin, dejó encargados del mando á dos de los príncipes, y se retiró á uno de los palacios que tenia en Tezcotzinco, en compañía de su favorita Xocotzin y de algunos criados, dando orden á sus hijos de que no saliesen de la corte, y que esperasen en ella sus ulteriores disposiciones. Seis meses permaneció allí entregado al ejercicio de la caza, y ocupándose de noche en la observación de las estrellas, para lo cual habia mandado construir en la azotea del palacio un pequeño observatorio, que se conservó muchos años despues de la venida de los españoles, y que alcanzó todavía Torquemada (1). Allí observaba el curso de los astros, y conferenciaba sobre sus dudas con los inteligentes en la astronomía, cuyo estudio fué tenido en mucho aprecio entre aque-

(1) Véase la descripción que hace de él en el cap. LXIV del lib. 2, tom. 1, pág. 188.

los pueblos, estimulados sin duda por el ejemplo de los reyes que con tanto ardor lo cultivaban.

Pasados estos seis meses, regresó á la corte, ordenó á su querida Xocotzin que se retirase al palacio de Tecpilpan con sus hijos, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver mas que de algunos pocos confidentes, para poder ocultar su muerte como lo habia hecho su padre: y en efecto nunca se pudo averiguar ni el dia en que se verificó, ni las demas circunstancias que la acompañaron; y lo que únicamente se sabe es que acaeció el año de 1516, y que ántes de morir dejó ordenado á sus confidentes que quemasen en secreto su cadáver. De aquí se originó que el vulgo, y no pocos nobles, se persuadieron de que no habia muerto, sino que se habia ido al reino de Amaquemecan, cuna de sus antepasados, como lo habia anunciado varias veces.

Este rey fué muy parecido á su padre Nezahualcoyotl, y así es que tenia las mismas opiniones que él en materias de religion, y despreciaba en su interior el culto de los ídolos, aunque en lo exterior aparentaba hallarse conforme con las ideas del pueblo. Lo imitó igualmente en su celo por la observancia de las leyes, y en la severidad con que castigaba sus infracciones; y así como de aquel se refiere que condenó á muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos, se dice que Nezahualpilli hizo lo mismo con uno de los suyos, llamado Huexotzincatzin. Fué el caso que habia una ley que prohibia so pena de muerte decir palabras obscenas en el palacio del rey. Violó Huexotzincatzin esta ley, y lo supo su padre por una de sus concubinas á quien fueron dirigidas, mas bien por un efecto de inconsideracion

del jóven príncipe, que con designio de quebrantarla. Se informó el rey de que el lance habia ocurrido en presencia de los ayos del príncipe, y habiéndose retirado á una pieza del palacio destinada para los tiempos de luto, hizo comparecer á los testigos para examinarlos. Los ayos, temiendo por una parte el severo castigo que les amenazaba si ocultaban la verdad, é interesados por otra en salvar al príncipe, cuya buena índole y virtuoso corazon se traslucia desde su tierna edad, procuraron excusarlo cuanto pudieron, manifestando que no habia conocido á la persona á quien hablaba, ni las expresiones eran obscenas. Sin embargo de esta manifestacion, y de ser este príncipe el que mas amaba Nezahualpilli, por ser el primero que tuvo de su favorita Xocotzin, mandó inmediatamente que lo encerrasen en una prision, y aquel mismo dia pronunció su sentencia de muerte.

La consternacion que se derramó en toda la ciudad por este rigor excesivo fué tan grande que los nobles, y aun el mismo Moteuhzuma, acudieron al monarca, interponiendo sus súplicas para que lo perdonase; y á pesar de ellas, y de que la misma madre del príncipe se le presentó llorando, confiada en el grande amor que le tenia, y acompañada de sus otros hijos para moverlo mas á piedad, nada fué bastante á hacer que triunfasen en su alma los sentimientos de la naturaleza. „Mi hijo, decia, ha violado la ley. Si le perdono, se dirá que las leyes no fueron hechas para todos; y quiero que mis súbditos estén entendidos de que á ninguno se le perdonará su transgresion, pues no la perdono al hijo que mas amo.” La reina penetrada de dolor, mirando que nada podia ablandarlo, le dijo despecha-

da: „Pues por tan leve motivo habeis desterrado de vuestro corazon todos los afectos de padre y de esposo, y quereis ser el verdugo de vuestro propio hijo, dadme á mí tambien la muerte, y á estos tiernos príncipes que os he dado.” Nezahualpilli entónces, revistiéndose de la gravedad de monarca, le mandó que se retirase, pues no habia remedio. Así lo verificó ella, yéndose á su aposento muy desconsolada, donde en compañía de algunas señoras que fueron á consolarla se entregó á su dolor. Entretanto los que estaban encargados del suplicio del príncipe lo iban difiriendo, para dar tiempo á que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero penetrando su intencion el rey, mandó que se ejecutase inmediatamente, como se hizo con general descontento de todo el reino, y grave disgusto de Moteuhzuma, quien á mas de ser pariente del príncipe, se ofendió mucho de que Nezahualpilli hubiese desairado su empeño. Muerto él, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de nadie, para dar allí rienda á su pesar, y mandó tapiar las puertas de su habitacion, para apartar de su vista cuanto fuese capaz de recordarle este suceso.

Esta excesiva severidad en el castigo de los delitos estaba contrapesada con la compasion que manifestaba hácia los miserables. Habia en su palacio una ventana que daba vista á la plaza del mercado, cubierta con una celosia desde donde observaba sin ser visto cuanto allí pasaba; y cuando veia alguna muger mal vestida, la hacia llamar, é informándose de su vida y de sus necesidades, la proveia de todo lo que le faltaba, sin olvidar á sus hijos si los tenia. Todos los dias

socorria en su palacio á los enfermos y á los huérfanos. En Tezcoco habia un hospital para todos aquellos que se habian inutilizado en la guerra, y allí eran mantenidos segun su clase á expensas del rey, quien les hacia frecuentes visitas para informarse de la asistencia que recibian, gastando gran parte de sus tesoros en estas obras de beneficencia.

Los historiadores aculhuas han celebrado mucho el ingenio de Nezahualpilli, pues se propuso imitar el ejemplo de su padre, así en los estudios á que se dedicó, como en el resto de su conducta, y de hecho le fué muy semejante. Puede decirse que con él acabó la gloria de los reyes chichimecas, pues no habiendo declarado cual de sus hijos debia sucederle en el trono, se excitó entre ellos la discordia, se disminuyó el esplendor de la corte, y se debilitaron las fuerzas del estado. No se saben los motivos que tuvo para no seguir el ejemplo de sus antecesores, y cometer este descuido que fué tan funesto al reino de Aculhuacan, y no ménos trascendental al de Méjico, como despues veremos.

No bien se aseguró de su muerte el consejo del rey, cuando se creyó obligado á elegir quien le sucediese, como lo hacian los mejicanos; y reunido para deliberar sobre un asunto de tanta importancia, el mas anciano y mas condecorado de los consejeros hizo presentes los gravísimos daños que podrian sobrevivir al estado, si se diferia la eleccion, manifestando que en su opinion debia recaer la corona en el príncipe Cacamatzin, quien á mas de su prudencia y valor, era el primogénito del rey difunto, habido en la primera princesa mejicana con quien se habia casado. Todos los

demas consejeros se adhirieron á este parecer, que era tan fundado y de una persona tan respetable; y los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolución del consejo, fueron llamados para comunicarles el resultado.

Luego que entraron se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte y dos años, sentándose á sus lados sus hermanos Coanacotzin, que tenía veinte, é Ixtlilxochitl que no contaba mas de diez y nueve. Entónces el anciano que habia tomado la palabra se levantó, y declaró la resolución del consejo, en la cual estaba comprometida de antemano la del reino, fundándola en el derecho de primogenitura que asistia al electo. Ixtlilxochitl, jóven ambicioso y emprendedor, se opuso diciendo que si el rey hubiese realmente muerto, sin duda habria nombrado sucesor; que el no haberlo hecho era un indicio manifiesto de que vivia; y siendo así era un atentado el nombrárselo. Los consejeros, que conocian bien el carácter de Ixtlilxochitl, no le contradijeron abiertamente, sino que pidieron á Coanacotzin dijese su parecer. Este príncipe, no solo alabó y confirmó la determinacion del consejo, sino que manifestó los inconvenientes que se seguirian de diferir su ejecucion. Ixtlilxochitl le contradijo, echándole en cara su ligereza é inconsideracion, pues abrazando aquel partido favorecia los designios de Moteuhzuma, que era muy amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono esperando tener en él un rey de cera, á quien pudiese manejar á su arbitrio. Coanacotzin le replicó entónces: „No es prudencia, „ hermano mio, oponerse á una resolución tan justa y „ sábia. ¡No adviertes que aun cuando Cacamatzin

„ no fuese rey, la corona no te pertenecia á tí, sino „ á mí” „Es cierto, dijo Ixtlilxochitl, si para la sucesion no se considera otro derecho que la edad; „ pero si se prefiere, como es justo, el valor, la corona me corresponde á mí solo.” Los consejeros, mirando que se iba encendiendo la cólera de los príncipes, les impusieron silencio, y disolvieron la reunion.

Entónces los dos competidores se dirijieron á su madre Xocotzin, para continuar la disputa en su presencia, y Cacamatzin, acompañado de muchos nobles, pasó inmediatamente á Méjico, y dando cuenta á Moteuhzuma de todo lo que habia pasado, este, que además del amor que le tenia, conocia la legitimidad de sus derechos, y que estos se hallaban sancionados por el consentimiento de la nacion, le aconsejó que ante todas cosas pusiese en salvo el tesoro real, y le prometió que interpondria su mediacion con el hermano descontento, y aun emplearia en su favor las armas, si no bastaban las negociaciones, para ponerlo en pacífica posesion del trono.

Luego que Ixtlilxochitl supo la salida de Cacamatzin, previendo las consecuencias de su visita á Moteuhzuma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fué á los estados que sus ayos tenian en la sierra de Mexitlan, de lo cual dió Coanacotzin pronto aviso á Cacamatzin, para que sin tardanza se volviese á Tezcoco, y se aprovechase de una ocasion tan oportuna para coronarse. Cacamatzin adoptó el saludable consejo de su hermano, y volvió en compañía de Cuitlahuatzin, hermano de Moteuhzuma, señor de Iztapalapan, y de otros muchos nobles mejicanos. Cuitlahuatzin sin perder tiempo convocó á la nobleza tezcocana

en el Hueciteopan, que era el palacio principal de los reyes de Aculhuacan, y le presentó á Cacamatzin para que lo reconociese como á legítimo soberano. Así lo hicieron todos, sin embargo de que en su ausencia habian manifestado algunos frialdad, ó por ser amigos de Ixtlilxochitl, ó porque temian á su génio emprendedor y belicoso, diciendo que convenia allanar por vias conciliatorias á este príncipe, para que todo se hiciese en buena armonía. Mas con la venida de Cuilhualtzin todos se prestaron al reconocimiento, como que veian en él tan interesado á Moteuhzuma, y quedó fijado el dia para la solemnidad de la coronacion; pero esta se suspendió, por las noticias que llegaron de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de la sierra de Meztitlan, al frente de un gran ejército.

Este inquieto jóven, luego que llegó á Meztitlan, convocó á todos los señores de la provincia, y les participó su designio de oponerse á la eleccion de su hermano, bajo el pretexto de que así lo exigia el honor y la libertad de las naciones chichimeca y aculhua, siendo cosa indigna y peligrosa someterse á un rey tan flexible á la voluntad de Moteuhzuma; pues olvidados los mejicanos de cuanto debian á los aculhuas, querian aumentar sus inicuas usurpaciones, y él se hallaba resuelto á emplear todo el valor que Dios le habia dado no solo por defender á su patria de la tiranía de Moteuhzuma, sino aun para recobrar algunos terrenos que su padre Nezahualpilli habia dado al rey Ahuizotl, y por los cuales debian pagar los mejicanos cierto feudo, con que ya no acudian desde que Moteuhzuma era emperador. Con semejantes razones, que probablemente le sugirieron sus ayos, enardecido de tal

suerte los ánimos de aquellos señores, que todos se ofrecieron á ayudarlo con sus fuerzas, y en efecto levantaron tantas tropas, que cuando el príncipe bajó de la sierra y llegó á Tulancingo montaba su ejército, segun dicen, á mas de cien mil hombres. En todos los lugares por donde transitaba era bien recibido, ya porque en unos inspiraba miedo con su poder, ya por que en otros habia disposiciones para favorecer sus designios. Llegado á Tepeapulco mandó una embajada á los de Otompan, previniéndoles que le reconociesen y le prestasen obediencia como á su propio rey; pero ellos respondieron que muerto Nezahualpilli no podian reconocer á otro que á Cacamatzin, el cual lo habia sido pacíficamente en la corte, y se hallaba en posesion del reino de Aculhuacan. Esta respuesta irritó á Ixtlilxochitl, y marchó inmediatamente contra aquella ciudad. Los otompanecas le salieron al encuentro en órden de batalla, y aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y el príncipe se apoderó de la ciudad, habiéndosele facilitado esta victoria por haber muerto en el combate el mismo señor de Otompan.

La noticia de este suceso puso en gran inquietud á Cacamatzin y á toda la corte, y temiendo que el príncipe se adelantase á atacar la capital procuró fortificarse en ella; pero este se contentó con verse respetado y temido, y no solo no se movió de Otompan, sino que envió algunas pequeñas partidas de tropa á los caminos, con órden de que no molestasen á nadie, de que no impidiesen el paso á los particulares que transitasen de la capital á cualquiera otro punto, y aun de que obsequiasen á las personas de primer rango que pasáran por ellos. No por esto se descuidó de estable-

cer fuertes guarniciones en Aculman, Chiconauhtlan, Tzompanco y Huehuetocan, que eran los puntos por donde los mejicanos y tezcocanos podian atacarlo.

Viendo Cacamatzin las fuerzas y la resolucion de su hermano, y considerando que era ménos malo sacrificar una parte, aunque considerable, del reino, que perderlo todo, le dirigió con anuencia de Coanacotzin una embajada, proponiéndole que se conservase en el dominio de todo el territorio comprendido en la sierra, y que él se contentaba con el de la corte y demas estados de la llanura. Le manifestaba tambien que pensaba dividir con Coanacotzin las rentas de la corona, y le rogaba en fin que abandonase cualquiera otra pretension, y no continuase turbando la tranquilidad del reino, pues de esta manera se fomentaria en él la division, y si Moteuhzuma abrigaba los proyectos ambiciosos que él le atribuia, le seria mas fácil llevarlos al cabo. Que por lo mismo de él dependia que el imperio de Aculhuacan no llegase á ser tributario de los mejicanos.

Fueron con esta embajada dos personajes de la sangre real, á quienes Ixtlilxochitl miraba con mucho respeto, aunque los historiadores callan sus nombres; y sea por esta razon, ó porque efectivamente fuesen sinceros los motivos que alegaba el príncipe para su alzamiento, ó en fin porque la solidez de las razones que se le manifestaban no le dejaban pretesto para llevar adelante sus miras, Ixtlilxochitl, despues de haber recibido muy bien á los embajadores, les dijo: „En verdad, señores, que mis hermanos son libres para hacer lo que mas gusto les diere, y pueden estar seguros de que yo no haré oposicion alguna, ni emprenderé na-

„da que pueda perjudicarlos. Mi único fin ha sido atajar el mal que podia sobrevenirles, porque siempre he estado en la firme inteligencia de que nuestro tío Moteuhzuma ha de pretender sojuzgar á los aculhuas. „¿Ignoran por ventura mis hermanos la arrogancia con que ha dicho algunas veces que él es rey de reyes, y el desden con que solia recibir los dictámenes de nuestro padre Nezahualpilli, hasta mandarle decir en cierta ocasion que no tenia derecho para ingerirse en los negocios, pues ya era otro tiempo, y que á él solo le tocaba determinarlos? Ignoran la pesadumbre que recibió entónces Nezahualpilli, y que se retiró por algun tiempo del gobierno para divagarse en el campo, donde permaneció una temporada, devorando en su interior la pena que le causaba la altanería de Moteuhzuma, y la consideracion de las guerras y desastres que anunciaba tan extraña respuesta? Me acuerdo que cuando lo oia yo lamentarse de esto, me sentia con impulsos, á pesar de mi poca edad, de marchar á Méjico al frente de los aculhuas, y hacer una guerra de muerte á ese ingrato rey, que debió su exaltacion á Nezahualpilli (1). Esto es notorio á todos, y no lo es ménos que Izcohuatl, que fué el primer rey que tuvieron los mejicanos libre de pagar tributo, debió este favor á Nezahualcoyotl. ¿Y no seria la mayor ignominia consentir que los aculhuas recibiesen la ley de quienes eran ántes sus feudatarios? „¿No será este el resultado de esa ciega deferencia con

(1) Aquí se da á entender que Nezahualpilli, aunque como dijimos en el cap. IX no concurrió á la eleccion de Moteuhzuma, tuvo grande influjo en ella, lo que no debe extrañarse por las relaciones de parentesco que los unian.

„ que mis hermanos se prestan á la voluntad de Moteuhzuma? En conclusion, repito, que ellos pueden hacer lo que les pareciere, y que yo no me opondré á nada: pero decidles que se guarden de las astucias y asechanzas del rey de Méjico, que es el único motivo por el cual me he resuelto á estar siempre apercebido á la guerra. Y si ahora queda nuestro reino dividido, tiempo llegará en que se reuna bajo el mando de aquel que mas lo mereciere por su valor.”

No se engañó Ixtlilxochitl en la desconfianza con que miraba á Moteuhzuma, pues en efecto él fué quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, sin embargo del amor que le profesaba. Tambien debe decirse en honor de Ixtlilxochitl que hasta la llegada de Cortes se mantuvo fiel á sus promesas despues del convenio celebrado con sus hermanos, pues Cacamatzin poseyó en pacífica posesion el reino de Aculhuacan, aunque con la disminucion de lo que le habia cedido; y aunque mantuvo siempre sus tropas en movimiento, nunca atentó contra sus hermanos, sino contra Moteuhzuma, á quien desafió á pelear cuerpo á cuerpo en diversas ocasiones que se dejó ver con su ejército en las cercanías de Méjico. Pero este monarca, que habia perdido el brio de su juventud, y que se habia enervado con los placeres, ni se hallaba en estado de aceptar semejante desafio, ni hubiera sido prudencia entrar en combate con un enemigo, que con secretas negociaciones habia atraido á su partido una gran parte de las provincias mejicanas.

Varios fueron los encuentros que las tropas de Moteuhzuma tuvieron con las de Ixtlilxochitl, y en uno de ellos se refiere una accion bárbara cometida por este

príncipe, que da á conocer el profundo resentimiento de que estaba animado. Fué el caso que un noble de Iztapalapan, pariente de Moteuhzuma, le habia prometido prenderlo y entregárselo vivo. Ixtlilxochitl tuvo aviso de ello, y habiéndolo hecho prisionero, mandó que lo atasen y cubriesen con tlazole, ó caña seca, y que le prendieran fuego en presencia del ejército, y á vista de los mejicanos, los cuales quedaron espantados, y no se atrevian á acometerle despues con la confianza que al principio.

Las divisiones del reino de Aculhuacan no impidieron que Cacamatzin sostuviese por su parte, y cumpliese los empeños á que se hallaba ligado como miembro de la triple alianza. Por disposicion de esta se concedió una tregua á los huexutzincas, quienes al mismo tiempo pidieron auxilio para continuar la guerra que hacia muchos años mantenian contra los tlaxcaltecas. Todo se les otorgó, con condicion de que se habian de establecer guarniciones mejicanas, aculhuas y tecpanecas en varios puntos situados en la falda del volcan, como en clase de garantía de las estipulaciones celebradas. En consecuencia los huexutzincas entraban á las ciudades de Chalco, Méjico y Tezcoco, y comerciaban libremente en ellas; habiendo ordenado Moteuhzuma que se les tratase como si fueran mejicanos, sin hacerlos esclavos, ni inferirles ninguna clase de vejaciones. Pero los tlaxcaltecas noticiosos de estos convenios, y de que los mejicanos trataban de extender sus guarniciones hasta tocar los límites de su territorio, les salieron al encuentro, y se trabó una batalla muy reñida en que murieron no pocos de ambas partes, habiendo caido prisioneros dos gefes tlaxcaltecas.

A esta contienda se siguieron otras varias. Una de ellas fué la de la provincia de Centzontepéc, que invadieron los mejicanos, asolándola, y trayendo á la capital un gran número de prisioneros. Mientras esto se verificaba, los huexutzincas y tlaxcaltecas continuaban hostilizándose con encarnizamiento, quedando las mas veces la ventaja por parte de los segundos, á cuyo frente se hallaba un general tan experto como valiente, que llegó á ser el terror de sus enemigos, aunque no dicen su nombre los historiadores: pero sí nos han conservado el del gefe huexutzinca que tuvo la gloria de hacerlo prisionero, que fué Tlachpanquizqui. Por este servicio mereció extraordinarias recompensas, siendo una de ellas la de que se le perdonara el crimen de adulterio que habia cometido con dos mugeres de unos nobles huexutzincas, con grande escándalo de la república, por la calidad de las personas ofendidas.

En el año siguiente, que era el décimo séptimo del reinado de Moteuhzuma, se emprendió de nuevo la guerra entre mejicanos y tlaxcaltecas, en la cual, dice Torquemada, que se armó contra la república casi todo el poder de la triple alianza. Sin embargo, los tlaxcaltecas quedaron victoriosos, habiendo perdido sus enemigos tres mil y doscientos hombres y varios gefes, cuyos nombres se pueden ver en dicho historiador.

Después de esta campaña se dirigió la triple alianza contra la provincia de Mazatzintla, que se habia declarado á favor de Ixtlilxochitl, y después de un reñido encuentro fué sometida á los mejicanos, habiendo corrido la misma suerte la de Zacatepec. Los prisioneros hechos en estas guerras, que eran muchísimos, fueron después sacrificados en la dedicacion del templo lla-

mado Cohuatlan, que fué la última fiesta de esta clase que celebró Moteuhzuma, pues de allí á poco tiempo aportaron los españoles, y se cambió la escena con un nuevo género de tragedias.

CAPITULO XV.

Recibe Moteuhzuma noticias de la llegada de los españoles. Sobresalto que este suceso le causa. Recibe á Cortes en Méjico, despues de haber hecho varias tentativas inútiles para alejarlo.

Observa Clavigero, y con razon, que la felicidad de un reino no consiste en la extension de sus dominios, y que los rápidos triunfos de los mejicanos fueron en gran parte la causa de su ruina; pues cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo que se le imponia, é irritado contra la violencia de sus opresores, sólo esperaba una ocasion oportuna para vengarse y recobrar la libertad perdida. Esta ocasion se presentó á los pueblos de Anáhuac, cuando la pequeña escuadrilla de Cortes fondeó en Ulúa, el jueves santo, 21 de abril del año de 1519, décimo octavo del reinado de Moteuhzuma.

Este monarca supo la primera llegada de los españoles cuando vinieron con Grijalva el año anterior, por unos comerciantes que habian ido á las ferias de la costa, segun Alba Ixtlilxochitl. Los gobernadores de la misma costa hicieron representar por medio de pinturas los buques, la artillería, las armas, la ropa y el aspecto de aquella nueva gente, remitiéndoselas con